

ocurre pedirme alguna gracia, no tienes más que hacer sino enseñármele, y desde ahora te la concedo, cualquiera que ella sea.

— Pues entonces, señor, dijo el piloto guardando el reloj y arrojando el bolsillo á los marineros, mañana iré á palacio y confío en que V. M. no me negará la gracia que tendré el honor de pedirle.

— Ve en la inteligencia de que no perderás el tiempo.

Y entrando en una de las tres carrozas :

— ¡ Al palacio real ! gritó.

El carruaje partió al galope.

CAPÍTULO IV

Cuál era la gracia que tenía que pedir el práctico

El gobernador del palacio, prevenido por Caracciolo de la llegada del rey, la había anunciado oficialmente á las autoridades de Palermo.

El síndico, la municipalidad, la magistratura y el alto clero esperaban al monarca desde las tres de la tarde en el patio del palacio. Fernando, que ante todo necesitaba comer y dormir, se estremeció de pies á cabeza, á la idea de los tres discursos que, por lo menos, iban á encajarle.

Á fin de evitarlos, tomó el primero la palabra :

— Señores, les dijo, cualquiera que sea vuestro talento oratorio, dudo mucho que consigáis decirme algo que pueda serme lisonjero. Quise hacer la guerra á los franceses, y me han batido; quise defender á Nápoles, y me he visto obligado á abandonarle; decidí embarcarme, y la tempestad me ha

puesto á las puertas de la muerte. Si después de esto me dijerais que os alegráis de mi presencia, sería lo mismo que decirme que os alegráis de las desgracias que me suceden, y además, vuestros discursos me impedirían cenar y acostarme, cosa que en este momento me sería mucho más desagradable que la tollina de los franceses, el abandono de Nápoles, el mareo de la travesía, y la perspectiva de servir de pasto á los tiburones, en atención á que me estoy muriendo de hambre y de sueño. Conque, señor síndico y señores concejales, figuraos que ya he oído vuestros discursos, y venid mañana en busca de diez mil ducados que pienso dar á los pobres.

Divisando entonces al obispo en medio del clero:

— Monseñor, le dijo, mañana cantaréis en Santa Rosalía un *Te-Déum* en acción de gracias por la milagrosa manera en que hemos escapado del naufragio. Allí renovaré solemnemente el voto de construir á San Francisco de Paula una iglesia por el modelo de San Pedro de Roma, y V. I. se dignará presentarme los miembros más beneméritos de vuestro clero. Por reducidas que sean nuestras facultades, ya trataremos de recompensarlos según sus virtudes.

Luego, volviéndose á los magistrados y reconociendo á su cabeza al presidente Cardillo:

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, señor Cardillo ? le preguntó.

— Sí, señor, respondió el presidente inclinándose hasta el suelo.

— ¿ Continuáis siendo tan mal jugador como de costumbre ?

— Siempre, señor.

— ¿ Y tan rabiosamente aficionado á la caza ?

— Más que nunca.

— ¡ Bueno ! Pues os invito á mi partida de juego, á condición de que me convidéis á vuestras cacerías.

— Vuestra Majestad me hace un doble honor.

— Y ahora, señores, prosiguió el rey dirigiéndose á los circunstantes, si tenéis tanta hambre y tanto sueño como yo, lo mejor que podéis hacer es cenar é iros á la cama.

Este consejo equivalía á una despedida en regla: los miembros de la triple diputación lo comprendieron así, y se retiraron después de saludar al rey.

Fernando, precedido de cuatro lacayos con antorchas, subió la gran escalera de honor: detrás marchaba Júpiter, único convidado que juzgó digno de acompañarle á la mesa.

Una cena de treinta y dos cubiertos estaba servida en el salón de los grandes banquetes.

El rey se sentó á un extremo de la mesa, mandó acomodar á Júpiter sobre un

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

opuesto, destinó dos criados al exclusivo servicio de su perro, mientras que él tuvo la modestia de conformarse con uno, y le dió á probar de cuantos platos aparecieron sobre el mantel.

Júpiter se relamía el hocico: en su vida se había visto en un festín semejante.

Después de la cena, Fernando le llevó consigo á su cuarto, hizo que le tendieran á los pies de la cama las más mullidas alfombras, y pasando la mano por la hermosa é inteligente cabeza del fiel animal:

— ¡Eh, le dijo, me parece que no dirás, como no sé qué poeta, que es amargo el pan de la emigración!

En seguida se metió en la cama, y soñó que hacía una pesca milagrosa en el golfo de Castellamare y que mataba un centenar de jabalíes en el bosque de Ficuzza.

En el palacio de Nápoles, el rey tenía dada orden de que se le llamara á las ocho, si á esa hora no se había levantado; pero como en Palermo no existía esta orden, Su Majestad no se despertó sino después de las diez.

Aquella mañana desembarcaron la reina, el príncipe Leopoldo, los ministros y los cortesanos. Unos se acomodaron en palacio; otros buscaron

alojamiento en la ciudad. El cadáver del principito fué depositado en la capilla del rey Roger.

El monarca permaneció algunos instantes meditando antes de abandonar el lecho. La muerte de su hijo, que parecía haber olvidado completamente, ¿contristaba entonces su paternal corazón, ó bien pensaba en que la iglesia prometida á San Francisco de Paula era un premio algo caro por una protección que tan poco extensiva había sido á su familia?

No lo sabemos.

Fernando ordenó que el cuerpo del principito permaneciese todo el día expuesto en la capilla y que al día siguiente se enterrase sin ninguna solemnidad.

Su muerte se anunciaría sólo á las cortes extranjeras, y la de Nápoles, reducida á Sicilia, vestiría de luto morado por quince días.

Apenas se dió la orden, anunciaron al rey que el almirante Caracciolo, — convertido la víspera en aposentador del monarca y de la familia real, según hemos visto por el relato del piloto, — solicitaba el honor de ser recibido por Su Majestad y se hallaba esperando en la antecámara.

La antipatía que Nelsón empezaba á inspirar al rey se había convertido en cariño por Caracciolo: por consiguiente, Fernando mandó que le hicieran

entrar en el gabinete biblioteca próximo á su alcoba, y en su apresuramiento por ver al almirante, salió á medio vestir y le dijo con la cara más alegre del mundo :

— ¡ Ah ! querido Caracciolo, ¡ cuánto me alegro de verte ! Primero, para darte las gracias por tu diligencia en mandar que me preparasen mi alojamiento.

El príncipe se inclinó, y sin que la amable acogida del rey cambiase en nada la gravedad de su rostro :

— Señor, respondió, era mi deber como súbdito leal y obediente de V. M.

— Segundo, para cumplimentarte por el modo de maniobrar tu fragata en medio de la borrasca. ¡ Si supieras cuánto has hecho rabiarse al buen Nelsón ! Te aseguro que su coraje me habría desternillado de risa á no ser por el espantoso miedo que tenía.

— El almirante Nelsón, respondió Caracciolo, no podía manejar un buque tan pesado y viejo como el *Van-Guard* con la misma facilidad que yo manejaba mi fragata, barco ligero y de construcción moderna que hasta hoy no ha sufrido ninguna avería. Creed, señor, que el comodoro ha hecho cuanto podía hacer.

— Eso es lo que yo le dije, quizá en otro sentido,

pero absolutamente en los mismos términos. Y aun añadí que sentía haber faltado á mi palabra viniendo con él en lugar de venir contigo.

— Lo sé, y os lo agradezco en el alma, señor.

— ¡ Que lo sabes !... ¿ quién pues te lo ha dicho ?... ¡ Ah ! ya caigo, el piloto.

El príncipe no respondió á la observación del monarca.

Pero al cabo de un instante :

— Señor, repuso, vengo á pedir una gracia á V. M.

— ¿ Sí ? ¡ pues llegas que ni llamado con campanilla ! Habla.

— Vengo á pedir al rey que se digne aceptar mi dimisión de almirante de la armada napolitana.

Fernando retrocedió un paso : semejante petición estaba á mil leguas de su pensamiento.

— ¿ Qué has dicho ?... ¡ Tu dimisión de almirante de la armada napolitana ! ¿ Y por qué ?

— En primer lugar, señor, porque, no teniendo ya armada, no veo cosa más inútil que un almirante.

— ¡ Sí, dijo el rey con visible expresión de cólera, ya sé que milord Nelsón la ha quemado !... ¡ pero no le hace ! algún día seremos dueños de nuestras acciones y entonces construiremos otra.

— Pero entonces, repuso fríamente Caracciolo,

yo no podré mandarla, porque ya no merezco la confianza de V. M.

— ¿Tú, Caracciolo?... ¿tú no mereces mi confianza?

— Prefiero creer eso, señor, á tener que echar en cara á un rey en cuyas venas circula la sangre real más antigua de Europa, el haber faltado á su palabra.

— Sí, tienes razón, te había prometido...

— No abandonar á Nápoles, ó en caso de hacerlo, embarcaros á bordo de mi fragata.

— ¡Vamos, querido Caracciolo, olvida eso! le dijo el rey tendiéndole la mano.

El almirante la besó respetuosamente, dió un paso atrás y sacó un pliego del bolsillo.

— Señor, he aquí mi dimisión; dígnese V. M. aceptarla.

— ¿Otra te pego? Pues bien, no, no acepto tu dimisión.

— Vuestra Majestad no tiene ese derecho.

— ¡Cómo! ¿no tengo derecho de rechazar tu dimisión?

— No, señor; porque V. M. me prometió ayer concederme la primera gracia que le pidiera, y ésta no es otra sino que se digne acceder á mi súplica.

— ¿Yo te prometí ayer?... ¡Vamos, tú estás loco!

Caracciolo movió la cabeza.

— Estoy en mi cabal juicio, señor.

— ¡Pero si yo no te vi ayer!

— Es decir, que V. M. no pudo reconocerme. Pero acaso reconozca este reloj.

Y Caracciolo sacó del pecho un reloj magnífico, guarnecido de un círculo de diamantes, en cuya tapa se veía el retrato de Fernando.

— ¡El piloto! exclamó el rey, reconociendo el reloj que había dado la vispera al hombre que tan hábilmente le había conducido al puerto. ¡El piloto!

— Era yo, señor, respondió el príncipe inclinándose.

— ¡Cómo! ¿consentiste tú, un almirante, en hacer el oficio de práctico?

— Señor, no hay oficio humilde cuando se trata de la vida del rey.

El rostro de Fernando adquirió entonces una expresión de melancolía que muy rara vez expresaba.

— ¡Soy un príncipe bien desgraciado, Caracciolo! exclamó. ¡Los amigos que no se alejan de mí, me abandonan por sí mismos!...

— Señor, respondió Caracciolo, V. M. no debe echar á nadie la culpa del daño que hace ó que permite hacer á las personas que le rodean. Dios concedió á Vuestra Majestad un padre ilustre y poderoso, y puso en sus manos la corona de Nápoles, permitiendo que la locura incapacitase á su hermano mayor que debía heredarla. Vuestra Majestad es hombre y rey, tiene voluntad y poder, y se halla dotado de libre albedrío para elegir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto : si voluntariamente elige mal, V. M. no debe quejarse ni extrañar que el bien se aleje de quien le mira con tanto desprecio.

— ¿Sabes, Caracciolo, dijo el rey, más bien triste que irritado, que nadie me ha dicho lo que tú acabas de decirme?

— Porque, excepto un hombre que, como yo, ama sinceramente al monarca y desea la prosperidad del Estado, Vuestra Majestad no tiene á su alrededor sino abyectos cortesanos que sólo atienden al acrecentamiento de la propia fortuna y cuyo único móvil son los honores y las riquezas.

— ¿Y quién es ese hombre?

— El mismo que el rey olvidó en Nápoles y que yo traje conmigo á Sicilia : el cardenal Ruffo.

— El cardenal sabe, de igual modo que tú, que

siempre estoy dispuesto á recibiros y á escuchar vuestros consejos.

— Lo cual no impide que después de habernos recibido y escuchado, siga V. M. los consejos de la reina, de Actón y de Nelsón. Siento en el alma, señor, faltar al respeto que debo á una persona augusta ; pero no puedo menos de decirlos que la historia maldecirá esos tres nombres por toda una eternidad.

— Y ¿crees tú que yo no los maldigo? ¿crees tú que se me oculta que conducen el Estado á su ruina y á mí hacia el precipicio? Sé que soy un imbécil, Caracciolo, pero no tan idiota que no vea lo que pasa en torno mío.

— ¡Pues bien, señor, entonces, luchad!

— ¡Luchar! ¡luchar!... para tí sería cosa fácil y hacendera ; pero yo no soy hombre de lucha ; Dios no me ha creado para el combate, sino para la calma y los placeres. Díome un corazón bueno y sencillo, y me le han vuelto malvado á fuerza de tormentos y de contrariedades. Ellos se disputan el poder, la corona, el cetro... Yo los dejo que hagan lo que les parezca. El cetro y la corona son mi Calvario ; el trono, mi Gólgota. Yo no había pedido á Dios el ser rey. La caza, la pesca, los caballos, las muchachas, á esto se reducen todas

mis ambiciones. Con diez mil ducados de renta y la libertad de vivir á mis anchas, sería el hombre más feliz del universo. Pero, no señor, so pretexto de que soy rey no me dejan un instante de reposo. Y vamos, si reinara, anda con Dios, menos mal; pero son ellos los que reinan, y no yo; son ellos los que hacen la guerra, y yo el que sufre los descabros; son ellos los que cometen las faltas y yo quien oficialmente debe repararlas. Tú me pides tu dimisión... haces bien, Caracciolo; pero es á ellos á quienes deberías pedirselas, porque es á ellos á quienes sirves y no á mí.

— Por eso precisamente, señor, porque sólo quiero servir á mi rey y no á los que usurpan su nombre, es por lo que deseo retirarme á esa vida privada que tanto ambiciona V. M. Señor, por tercera vez suplico á V. M. se digne aceptar mi dimisión, y, si necesario fuere, le conjuro á hacerlo en nombre de la palabra que me empeñó ayer.

— ¿Te obstinas?

— Os lo suplico, señor.

— Y si te la firmo, ¿adónde irás?

— Volveré á Nápoles.

— ¿Y qué harás en Nápoles?

— Servir á mi país. Nápoles, en la situación en

que se halla, necesita de la inteligencia y del valor de sus hijos.

— ¡Cuidado con lo que haces en Nápoles, Caracciolo!

— Trataré de conducirme con arreglo á los sentimientos de honradez y lealtad que han sido hasta hoy mi norma.

— Esto es cuenta tuya. ¿Insistes en que acepte tu dimisión?

Por toda respuesta, Caracciolo se contentó con enseñar á Fernando el reloj que había puesto sobre la mesa.

— ¡Testarudo! exclamó el monarca impaciente.

Y cogiendo la pluma, escribió debajo de la dimisión:

« Concedido; pero que el caballero Caracciolo no olvide que Nápoles se halla en poder de mis enemigos. »

En seguida firmó, como de costumbre: « FERNANDO B. »

Caracciolo echó una mirada á las tres líneas que acababa de escribir el rey, guardó el pliego en el bolsillo, saludó respetuosamente á Fernando y se dispuso á salir.

— ¡Que olvidas tu reloj! dijo el rey.

— Ese reloj, señor, no fué dado al almirante, sino

al piloto. Ayer, el piloto no existía: hoy, no existe ya el almirante.

— Pero á lo menos, dijo el rey con esa dignidad que de cuando en cuando revelaba en él su origen augusto, espero que el amigo les haya sobrevivido. Guarda ese reloj, Caracciolo, y si alguna vez te dispones á hacer traición á tu soberano, mira antes el retrato del que hoy te le da como un recuerdo.

— Señor, respondió Caracciolo, ya no estoy al servicio del rey; soy simple ciudadano, y haré lo que me ordene mi país.

Y salió de la cámara, dejando al monarca triste y un tanto pensativo.

Al día siguiente, según Fernando había ordenado, tuvieron lugar, sin ninguna pompa, las exequias de su hijo el príncipe Alberto.

El cuerpo fué depositado en la bóveda de la capilla del palacio, conocida bajo el nombre de capilla del rey Roger.

CAPÍTULO V

La corte en Palermo

UNA de las cosas que Fernando organizó á su llegada á Palermo, antes que su consejo de ministros, fué su partida de *reversi*.

Por fortuna, el duque de Ascoli, de quien Fernando ni siquiera se acordó al partir, obedeciendo á esa adhesión cándida y perseverante que era su virtud, y que, dicho sea de paso, apreciaba el rey... como apreciaba la fidelidad de su perro Júpiter, encontró medio de pasar á Sicilia.

El duque de Ascoli fué á ver á Caracciolo para pedirle pasaje á bordo de su fragata; y como el príncipe sabía que Ascoli era uno de los mejores y más desinteresados amigos del soberano, se apresuró á poner á su disposición un camarote de la *Minerva*.

Así es que el rey encontró al duque de Ascoli, su compañero de fuga en Albano, entre las personas

que desde la primera noche de su llegada á Palermo fueron á hacerle la corte. Pero su presencia no admiró al monarca, el cual se contentó con decirle por todo cumplimento:

— ¡ Oh ! ya sabía yo que al fin encontrarías medio de venir.

El lector recordará que entre el número de los magistrados que salieron á cumplimentar al rey encontró también S. M. á un antiguo conocido suyo, al presidente Cardillo, quien, siempre que iba á Nápoles, tenía el honor de comer una vez á la mesa de Fernando; en recompensa, cuando S. M. iba á la capital de Sicilia le honraba asistiendo á una cacería en su magnífico feudo de Illice.

Las simpatías que el presidente Cardillo inspiraba al rey eran una verdadera excepción. Fernando, sumamente aristócrata bajo su aparente llaneza y sin perjuicio de sus toscos modales, odiaba con sus cinco sentidos á los nobles de toga. Dos poderosas razones abogaban en favor del presidente Cardillo: al rey le gustaba la caza, y, después de Nemrod y de Fernando, Cardillo era el más furibundo de cuantos cazadores han existido. El monarca detestaba el cabello á lo Tito, los bigotes y las patillas, y ni en la cabeza ni en la cara del presidente había un asomo de pelo: la majestuosa

peluca bajo la cual disimulaba su calvicie el digno magistrado, tenía el raro privilegio de merecer del monarca una favorable acogida. Por consiguiente, Fernando eligió á Cardillo, á Ascoli y á Malaspina para que fueran sus compañeros habituales en su partida de *reversi*.

Los otros jugadores sin cartas, que pudiéramos llamar ministros sin cartera, eran el príncipe de Castelcicala, el único de los tres miembros de la junta de Estado que la reina llevó consigo á Sicilia, el marqués de Circello, á quien el rey acababa de nombrar ministro de la Gobernación, y el príncipe de San Cataldo, uno de los más ricos propietarios de la Sicilia meridional.

Los tres cortesanos que tenían el honor de hacer al rey la partida formaban el más raro conjunto de tipos originales que haya existido jamás.

Ya conocemos al duque de Ascoli, quien, á decir verdad, no merece el nombre de cortesano. Ascoli era una de esas figuras nobles, leales y valientes que muy rara vez se encuentran en la atmósfera de las cortes. Su cariño por el rey estaba exento de toda ambición. Nunca solicitó de él ningún favor honorífico ni pecuniario; nunca le recordó sus ofrecimientos, cuando Fernando, después de hacerlos, olvidaba sus promesas y los servicios que

se los inspiraban. El duque era, pues, el verdadero tipo del caballero: veneraba la monarquía como una institución sacrosanta, y sin que le hiriera la ingratitud, sin que el olvido resfriara su entusiasmo, cumplía con la mayor escrupulosidad los deberes que voluntariamente se había impuesto respecto á ella.

El marqués de Malaspina era, por el contrario, uno de esos caracteres caprichosos, quimeristas y rehacios, que saltan á la menor cosa y que no obstante concluyen siempre por tascar el freno y por obedecer, sea cual fuere, la orden del amo que los manda, vengándose después de su obediencia con palabras satíricas y arranques misantrópicos. Era una de esas cañas pintadas de hierro, como decía Catalina de Médicis al hablar del duque de Guisa, que se doblegan así que uno se apoya sobre ellas.

En cuanto al presidente Cardillo, ya hemos hecho su bosquejo, y sólo daremos algunas pinceladas para concluir su retrato.

Antes que llegara el rey, Cardillo era el hombre más violento y más irascible de Sicilia, y al mismo tiempo el peor jugador de cuantos han cogido en sus manos una baraja.

Desde la primera noche en que fué admitido á la

partida del rey, el presidente dió á conocer los puntos que calzaba en materia de sumisión á la etiqueta real.

Una de las cosas más esenciales en el juego del *reversi* es descartarse de los ases. Esto supuesto, echando de ver el rey que se había quedado con un as pudiendo haberse descartado de él, exclamó:

— ¡Valiente bruto soy! ¡pues no me he guardado un as en vez de tirarle!

— ¡Pues bien, señor, respondió el presidente, yo soy aun más bruto que V. M.; porque, pudiendo hacer quínola, no he dicho esta boca es mía!

El rey soltó la carcajada, y este rasgo aumentó el favor que el presidente gozaba ya en el ánimo del monarca. La franqueza de Cardillo le recordaba sin duda la de sus buenos lazzaroni.

Sin embargo, estas no eran más que palabras y el iracundo presidente solía entrar con frecuencia en el terreno de los hechos. Á la menor contradicción, á la menor falta cometida por sus compañeros contra las reglas del *reversi*, echaba á volar las fichas, los naipes, el dinero y las bujías. Pero, cuando se vió á la mesa de Su Majestad, el pobre Cardillo no tuvo más remedio que tragar saliva.

La partida marchó bastante bien por espacio de tres ó cuatro noches. El rey, que conocía por

experiencia el humor atrabiliario del presidente, y que además veía el impropio trabajo que le costaba dominarse, se divertía en hacerle perder los estribos, y cuando comprendía que estaba próximo á estallar, le miraba de hito en hito, dirigiéndole al mismo tiempo cualquiera pregunta. Entonces el pobre Cardillo, obligado á responder respetuosa y cortésmente, sonreía con rabia, depositaba sobre la mesa el objeto que tenía en la mano para tirarle contra la pared de enfrente y se contentaba con arrancar, á la sordina, los botones de su casaca, los cuales aparecían á la siguiente mañana sobre la alfombra.

Sin embargo, al cuarto día, el buen Cardillo no pudo aguantar más, y, no atreviéndose á tirar las cartas á la cara del rey, las estampó en las narices del marqués de Malaspina. Tal era su cólera, que el sudor inundaba su enrojecida frente; y como entonces tenía en una mano la peluca y el pañuelo en la otra, cambió los frenos; se limpió la cara con la primera y concluyó por sonarse dentro de ella.

El rey se desternillaba de risa y se prometió disfrutar lo más á menudo posible de tan divertido espectáculo.

Así es que cuando el presidente Cardillo le con-

vidó á una cacería, se apresuró á aceptar su invitación.

Según ya hemos dicho, Cardillo poseía en Illice un magnífico feudo, cuya renta anual ascendía á cinco mil onzas de oro: en el centro de aquella propiedad se elevaba un castillo digno de albergar á un rey.

Fernando fué la víspera de la cacería á comer y á dormir al castillo. Como era en extremo curioso, hizo que le enseñaran todas las habitaciones. Su cuarto, que era la cámara de honor, se hallaba situado frente á la habitación de Cardillo.

Aquella noche, después de haber jugado, como de costumbre, su partida de *reversi* y de haber hecho perder la paciencia al pobre presidente, se retiró temprano á fin de madrugar. Pero aunque la cama era mullida y aunque tenía un dosel como el de un trono, el rey, siempre deseoso de empuñar la escopeta, se despertó una hora antes que el cuerno tocase la diana.

No pudiendo volver á reconciliar el sueño y no sabiendo qué hacer en la cama, se le ocurrió la idea de ver la facha que tenía un presidente sin peluca y con gorro de dormir.

El antojo no pecaba de indiscreto, puesto que Cardillo era viudo.

El rey se levantó en camisa, encendió una vela y penetró en el cuarto de su huésped, quien estaba muy lejos de esperar á semejante hora la visita del monarca.

Por grotesco que fuese el espectáculo que el rey se prometía, el que apareció á su vista al poner el pie en la habitación de Cardillo traspasó, con mucho, el límite de sus deseos.

El presidente, sin peluca, y también en camisa, estaba sentado en medio de la alcoba sobre esa especie de trono en que el duque de Vendome recibió al cardenal Alberoni. En vez de admirarse, viéndole en tan extraña postura, el rey cerró la puerta y fué derecho á donde estaba el infeliz presidente, el cual, cogido á lo improviso, permaneció inmóvil y sin decir una palabra. Entonces Fernando le acercó la luz á la cara para examinarle el gesto, y con admirable sangre fría empezó á dar la vuelta alrededor de la estatua y de su aromático pedestal, mientras que el desventurado Cardillo, semejante á uno de esos mamarrachos de porcelana que nos vienen de China, seguía con la cabeza el movimiento de S. M.

Por último, los dos astros se encontraron frente á frente después de efectuar su periplo, y como el rey continuase guardando silencio :

— Señor, dijo Cardillo con la mayor calma, este

caso no está previsto por la etiqueta. ¿ Debo levantarme ó permanecer sentado ?

— ¡ Quédate, quédate sentado ! respondió el rey ; pero no nos hagas esperar mucho tiempo, que ya son las cuatro.

Y el monarca salió de la habitación con la misma gravedad que había entrado.

El recuerdo de esta aventura provocaba siempre la risa del rey, el cual experimentaba siempre un verdadero placer cada vez que la refería con todos sus pormenores.

La cacería del presidente fué magnífica. Pero ¿ cuál es el cielo que no empaña alguna ligera nube ? ¿ cuál es la copa que no guarda en su fondo alguna gota de acibar ? Hemos dicho que el rey era un tirador admirable. Nunca tiraba sino con bala, y tenía tal puntería, que siempre mataba las piezas hiriéndolas bajo el brazuelo, cosa esencialísima en la caza del jabalí, puesto que es el único punto vulnerable del animal. Pero lo más gracioso era que Fernando exigía que todos los cazadores tuvieran la misma destreza que él.

Así, pues, la noche de aquella primera y famosa cacería efectuada en el feudo del presidente Cardillo, en el momento en que todos se hallaban reunidos alrededor de una pila de jabalíes, trofeo ci-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

negético de la jornada, el rey notó que uno de ellos estaba herido en la barriga.

Apenas lo vió, se puso encendido como la grana, y echando en torno suyo una mirada furiosa:

— ¿Quién ha sido el marrano que ha puesto semejante bala? preguntó.

— Yo, señor, respondió Malaspina. ¿Deben ahorcarme por ese delito?

— No; pero, en los días de cacería, haréis perfectamente en quedaros en casa.

Desde entonces, no sólo se quedó el pobre marqués en casa en los días de cacería, sino, lo que es más, fué reemplazado en la partida de *reversi* por el marqués de Circello.

Por lo demás, no era el juego del rey el único que se hallaba establecido en el salón del palacio real, situado en el pabellón cuadrado que corona la puerta de Montreale. No lejos de la mesa de *reversi* donde jugaba el monarca, había otra de faraón presidida por Emma Lyonna, la cual tallaba algunas veces y no dejaba los naipes sino para convertirse en el mejor punto. Durante el juego, el rostro impresionable de la bella inglesa era un espejo donde podían estudiarse el flujo y el reflujo de las pasiones. Extremosa en todo, Emma jugaba con rabia, gustándole enterrar sus hermosas manos en

el oro que amontonaba en su falda y que derramaba á puñados sobre el tapete verde. Lord Nelsón, que no jugaba nunca, se sentaba detrás de ella, ó bien permanecía de pie y apoyado sobre su sillón, devorando sus hermosos hombros con el único ojo que le quedaba y dirigiéndole por lo bajo algunas palabras en inglés.

Mientras que en la mesa del rey se atravesaban durante la noche mil ducados, á la sumo, en la de Emma cambiaban de propietario treinta ó cuarenta mil. Alrededor de ella se reunían los más ricos magnates de Sicilia y algunos de esos felices jugadores que llegan á adquirir celebridad por su constante fortuna en el juego.

Si Emma veía entonces alguna sortija ó algún alfiler que le gustase, llamaba la atención de Nelsón hacia la joya; esto bastaba para que al día siguiente se presentase el comodoro en casa del dueño del diamante, del rubí ó de la esmeralda, y para que, no importa á qué precio, pasase la esmeralda, el rubí ó el diamante del dedo ó del cuello del propietario al dedo ó al cuello de la hermosa favorita.

En cuanto á sir William, ocupado en escribir á Londres correspondencias políticas ó en clasificar ejemplares arqueológicos, ó no veía ó aparentaba no ver nada.

La reina jugaba muy rara vez, y cuando jugaba, lo hacía maquinalmente. ¡ Cosa extraña ! aquella apasionada naturaleza desconocía una de las más poderosas pasiones. Vestida de luto por la muerte del príncipe Alberto, permanecía con sus hijas, enlutadas también, en un rincón del salón, ocupada en alguna labor de aguja. El príncipe de Calabria iba tres veces por semana, en compañía de su joven esposa, á visitar al rey en las horas de juego; pero ni él ni la princesa Clementina jugaban. La princesa tomaba asiento cerca de la reina y de sus cuñadas y se ponía á dibujar ó bien les ayudaba á hacer tapicería.

El príncipe de Calabria iba de grupo en grupo tomando parte en la conversación, cualquiera que ella fuese, y haciendo gala de esa facundia y verbosidad superficiales que á los ojos de los ignorantes son indicios de profunda ciencia.

El extranjero que entonces hubiese entrado en aquel salón, sin tener antecedentes de las personas que en él se hallaban, de seguro no habría adivinado que aquel rey que tan alegremente jugaba su partida de *reversi*, y aquella reina que con tanta indiferencia bordaba un respaldo de sillón, y aquel príncipe que saludaba á todo el mundo con tan risueño rostro, eran un rey, una reina y un príncipe

real que acababan de perder el trono y de poner la planta en el suelo del destierro.

Sólo en el semblante de la princesa Clementina se veía impresa la huella de un profundo pesar; pero el menos observador habría conocido que aquella amargura era mucho más grande que la que se experimenta por la pérdida de una corona. ¡ Ay ! ¡ á primera vista se comprendía que la pobre archiduquesa había perdido hasta la esperanza de ser feliz !

CAPÍTULO VI

Las noticias

Aunque el rey Fernando organizó, según hemos dicho, su partida de *reversi* antes que su ministerio, sin embargo, al cabo de dos ó tres días consiguió formar algo semejante á un consejo de Estado. Ariola, que al principio había caído en desgracia, volvió á hacerse cargo de la cartera de la guerra, porque el rey conoció que los traidores eran los que le aconsejaron salir á campaña y no los que trataron de disuadirle de la empresa. El marqués de Circello fué nombrado ministro del interior, y el príncipe de Castelcicala — en compensación de la pérdida de su puesto de embajador en Londres y del *brillante* papel que desempeñaba en Nápoles como miembro de la junta de Estado — ingresó en el departamento de negocios extranjeros.

El primero que llevó á Palermo noticias de Nápoles fué el vicario general, príncipe de Piñatelli,

quien, según recordará el lector, se fugó la misma noche en que la diputación del municipio le exigió que entregase en manos de los representantes del pueblo la autoridad que había recibido del monarca y los caudales del tesoro público que obraban en su poder.

Fernando recibió muy mal á Piñatelli y Carolina le recibió mucho peor. El rey le había recomendado que de ninguna manera transigiese con los franceses ni con los rebeldes, nombres que para él eran sinónimos, y el vicario había firmado la tregua de Sparanisi. La reina le había dado orden de quemar á Nápoles tan pronto como ella volviese la espalda y de pasar á cuchillo á todo bicho viviente, *de escribanos arriba*, y no había incendiado ni un mal palacio, no había degollado ni á un miserable patriota!

El príncipe Piñatelli fué desterrado á Castanissetta.

Sucesivamente, y por diversos conductos, supo la corte el motín contra el barón Mack, su fuga á la tienda del general francés á fin de buscar en ella un refugio contra el furor de los lazzaroni, el nombramiento de Maliterno y de Rocca-Romana como jefes del pueblo y la progresiva marcha de los franceses sobre Nápoles.

Por último, una mañana arribó al puerto de Palermo, después de tres días y medio de navegación, una tartana de Castellamare, de la cual desembarcó un hombre que se decía portador de las más importantes noticias. Según aseguraba había escapado por milagro de manos de los jacobinos, y en prueba de ello enseñaba las sangrientas rozaduras que habían hecho en sus muñecas los cordeles con que le habían amarrado.

El desconocido solicitó hablar al monarca, y éste mandó á preguntar quién era.

Dijéronle que se llamaba Roberto Brandi y que era gobernador del castillo de San Telmo.

Juzgando el rey que semejante personaje debía traer, en efecto, noticias positivas, ordenó que le introdujeran inmediatamente.

Una vez en presencia del rey, Roberto Brandi le refirió que en la noche, víspera del ataque de los franceses, un terrible motín había estallado entre los hombres que formaban la guarnición del castillo de San Telmo. Entonces él había cogido una pistola en cada mano y salido al encuentro de los rebeldes á fin de restablecer el orden. De dos tiros había dejado sin vida á dos hombres y herido á un tercero. Pero ¿qué podía él solo contra cincuenta energúmenos? Los amotinados se echaron en

seguida sobre él, le maniataron, después de oponerles una resistencia desesperada, y le metieron en el calabozo de Nicolino Caracciolo, al cual habían puesto en libertad nombrándole gobernador del castillo. El buen Roberto añadió que había permanecido en el calabozo sesenta y dos horas sin que nadie se acordase de llevarle un pedazo de pan ni un vaso de agua. Por último, un carcelero que le debía su destino había tenido lástima de él, y aprovechando la confusión del combate, había bajado al tercer día á su encierro llevándole un disfraz á favor del cual pudo escaparse de la fortaleza. Pero como en el primer momento le fué imposible encontrar medio de transporte, se vió obligado á permanecer dos días escondido en casa de un amigo, lo cual le permitió asistir á la entrada de los franceses en Nápoles y á la traición de San Gennaro. Después de la proclamación de la república partenópea, pudo al fin ganar el puerto de Castellamare y allí encontró al patrón de una tartana, quien, á fuerza de oro, consintió en trasladarle á Sicilia á bordo de su buque. El gobernador terminó su historia diciendo que había hecho el viaje en tres días y que llegaba á Palermo para depositar humildemente á los pies de sus augustos soberanos el homenaje de su respeto y profunda adhesión.

Este relato conmovedor fué repetido delante de la reina; y como Carolina sabía apreciar los sacrificios mucho mejor que el rey, recompensó á la víctima de Nicolino Caracciolo y de los jacobinos con una suma de diez mil ducados. En seguida le nombró gobernador del castillo de Palermo con el mismo tratamiento que tenía en Nápoles, prometiéndole mejorar su posición tan pronto como reconquistase la corona y volviese á entrar en la capital de las Dos Sicilias.

Inmediatamente se reunió un consejo en las habitaciones de la reina, al cual fueron convocados Actón, Castelcicala, Nelsón y el marqués de Circello.

Tratábase de impedir que la revolución triunfante atravesara el estrecho y penetrara en Sicilia. Poseer una isla después de haber poseído una isla y un continente, y gobernar á millón y medio de súbditos después de haber gobernado á siete millones, no es una gran cosa que digamos; pero, en fin, una isla y millón y medio de habitantes valen más que nada y el rey no quería perder á Palermo, donde á lo menos jugaba todas las noches su partida de *reversi* y donde el presidente Cardillo le obsequiaba con tan soberbias cacerías.

Como era de suponer, el consejo no decidió cosa

ninguna; la reina, sumamente hábil para montar el rodaje inferior de una máquina, esto es, para dirigir las intrigas palaciegas, carecía de genio para organizar un plan de cierta importancia. El rey se contentaba con decir:

— Vosotros sabéis que yo no quería la guerra. Por consiguiente, me lavo las manos como me las lavé entonces. ¡Que los que han hecho el daño busquen el remedio! Yo no tengo arte ni parte en la torta. ¡En cuanto á San Gennaro, ya me las pagará! Por lo pronto, lo primero que hago así que entre en Nápoles, si alguna vez entro, es construir una iglesia á San Francisco de Paula.

El ministro Actón, abrumado por los acontecimientos y, sobre todo, por la certidumbre de que el rey sabía la parte que había tenido en la falsificación de la carta de su yerno el emperador de Austria, conocía que su impopularidad aumentaba por grados, esquivaba dar su parecer por temor de que no sirviera sino para empeorar el aspecto de los negocios y parecía dispuesto á dimitir en favor del que se atreviera á resolver el problema de la situación política. El príncipe de Castelcicala, diplomático adocenado que no debió el eminente puesto que ocupó en Francia y en Inglaterra sino á los favores del monarca y á la recompensa de sus

crímenes, era la impotencia personificada y no había que esperar de él esa enérgica iniciativa que exigen las situaciones críticas. Nelsón era un guerrero formidable, un marino terrible, un capitán de genio á bordo de un navío de línea; pero en tierra, y frente á cualquiera situación que no pudiera vencerse por medio de un zafarrancho de combate, se convertía en la más espantosa nulidad. Por último, el marqués de Circello — que después de su nombramiento en Sicilia continuó siendo ministro por espacio de diez ó doce años — era lo que los monarcas llaman un buen servidor: toda su ciencia de gobierno se reducía á obedecer sin replicar las órdenes que le daban, por absurdas que fuesen, y á estampar su firma debajo de la del rey.

El único hombre que hubiera podido entonces dar un buen consejo era el cardenal Ruffo. Por su audacia, por su iniciativa y por su genio fecundo en recursos, el cardenal era uno de esos personajes á quienes los reyes pueden recurrir en las más comprometidas circunstancias. Fernando lo sabía; y recurrió á él personalmente.

Pero la respuesta del cardenal se limitó á estas palabras:

— Señor, yo no veo más remedio que llevar la

contrarrevolución á Calabria, poniendo á su cabeza al príncipe Francisco.

La primera parte del consejo merecía la aprobación del rey; pero la segunda la parecía absolutamente impracticable.

Digno hijo de su padre, el duque de Calabria tenía horror á todo medio político que pudiera comprometer su preciosa existencia. Tanto, que nunca había querido ir á Calabria, á pesar de las instancias del rey, por temor de que le acometieran las calenturas que tanto abundan en el país. Esto supuesto, no era cosa fácil que emprendiera el viaje á aquella comarca donde, además de la consabida fiebre, había que arrostrar las balas de los republicanos.

Así es que sabiendo el rey lo inútil que sería hacerle cualquiera indicación, no quiso tomarse el trabajo de hablarle del proyecto.

Según hemos dicho, el consejo se separó sin tomar ninguna medida, y, para consolarse de su nulidad, se dió á sí mismo el pretexto de que las noticias respecto al estado de las cosas eran insuficientes y había que esperar nuevos pormenores.

Sin embargo, la situación no podía ser más despejada.

Los franceses eran dueños de Nápoles, se había proclamado la república partenópea y el gobierno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

provisional enviaba representantes á las provincias á fin de propagar en ellas la idea democrática y someterlas al nuevo régimen.

Pero como el consejo quería hacer ver que á lo menos deliberaba, ya que otra cosa no hiciera, determinó reunirse en los días sucesivos.

Aunque á primera vista parezca lo contrario, preciso es convenir en que los ministros consejeros obraron con suma prudencia al decidir que esperarían el arribo de nuevos pormenores: al día siguiente llegó una noticia de tal magnitud, que dejó estáticos á los miembros del consejo.

Su Alteza el príncipe real había desembarcado en Calabria, dándose á conocer en Brindis y en Tarento, y había insurreccionado toda la parte meridional de la península.

Al oír semejante nueva, anunciada oficialmente por el marqués de Circello, al cual se la había traído un correo que acababa de llegar de Reggio, los ministros se miraron con asombro, y el rey se echó á reír.

Nelsón, á quien no causaba ninguna extrañeza aquel acontecimiento, porque era capaz de aconsejarle y de ponerle por obra, hizo observar que hacía ocho días que el príncipe había abandonado á Palermo para dirigirse al palacio de la Favorita,

que desde entonces no se le había visto, y que era muy posible que, excitado por su valor y sin decir á nadie una palabra, hubiese meditado y puesto en ejecución la empresa que tan buen éxito parecía haber tenido.

El rey se encogió de hombros.

Pero, como después de todo, lo inverosímil puede ser posible, Fernando consintió en que acto continuo se mandase un correo á la Favorita á preguntar en nombre de Su Majestad, inquieto por su larga ausencia, cómo seguía su hijo el príncipe Francisco.

El correo partió á galope y al cabo de poco tiempo volvió diciendo que la salud del príncipe era excelente y que S. A. saludaba con el mayor respeto á su augusto padre. El emisario le había visto, le había hablado, y aseguraba que S. A. parecía sumamente reconocido por aquella solicitud paternal, que, dicho sea de paso, no solía manifestarle con mucha frecuencia el autor de sus días.

El consejo, que la víspera se había separado sin tomar ninguna determinación porque las noticias no eran de bastante magnitud, se disolvió esta vez sin decidir maldita la cosa, porque le parecieron demasiado graves.

Al volver á su gabinete, Fernando iba á dar

orden de que fuesen á buscar á Ruffo, cuando le dijeron que el cardenal, usando del privilegio que le había concedido el rey de entrar en su cuarto á cualquiera hora sin hacer antecámara, estaba esperándole en sus habitaciones.

El cardenal salió al encuentro del rey con la sonrisa en los labios.

— Y bien, mi eminentísimo, le dijo el monarca, ¿ sabéis las noticias que corren ?

— ¿ Que el príncipe heredero ha desembarcado en Brindis y que toda la parte meridional de la Calabria está en armas ?

— Sí; pero, desgraciadamente, no hay una palabra de verdad en esa peregrina historia de levantamiento. El príncipe no se ha movido de la Favorita, y ni está en Calabria ni ese es el camino. Conque así, querido cardenal, dadme la clave del enigma, pues no dudo que la tengáis, y sacadme de este mar de confusiones.

— ¿ El rey lo desea ?

— El amigo os lo suplica.

— Pues bien, señor, voy á dársela á V. M., pero sólo á V. M....

— Os prometo que no saldrá de mí.

— Todo el misterio se reduce á que, necesitando yo absolutamente de un príncipe heredero para

llevar á cabo un gran proyecto, y siendo el rey bastante enemigo de sus propios intereses para no querer concedérmele...

— ¿ Y bien ?

— ¡ Me he visto precisado á fabricar uno ! respondió el cardenal.

— ¿ Á fabricarle ?...

— Ni más ni menos.

— ¡ Oh ! ; el asunto es más curioso de lo que yo creía ! ¿ Queréis decirme cómo os habéis gobernado para ello ?

— Con mil amores, señor. Pero aconsejo á V. M. que se acomode *confortablemente* en un sillón, como dice el amigo Nelsón, porque la historia es un poco larga.

— Hablad, hablad, querido cardenal, y no temáis ser minucioso, dijo el rey tendiéndose en una otomana. Os expresáis tan bien, que nunca me canso de oíros.

Ruffo saludó, y empezó su relato de esta manera :